

**Universidad del Rosario**

**El plácido aburrimiento que trajo la paz a Capitanejo**

**Por:** Julián Alfonso Villabona Galarza

**Trabajo de grado Maestría en Periodismo**

**Dirigido por: Nicolás Cuellar R.**

**Jurado: Zulma Carvajalino.**

**Bogotá**

**2018**

## **El plácido aburrimiento que trajo la paz a Capitanejo**

**Por: Julián Alfonso Villabona Galarza**

*La violencia política fue la causa de cientos de muertes en las zonas rurales de Colombia a lo largo de su historia. A pesar de ello, los pueblos han demostrado resiliencia ante la tragedia y la devastación. Aquí, un reflejo de ese nuevo estado de calma que complace a quienes visitan o viven en Capitanejo.*

*Un pueblo que se acostumbró al dolor y al miedo desde que allí se produjo la primera masacre motivada por razones políticas, hace 69 años. Desde entonces, liberales y conservadores, guerrilleros y paramilitares, derecha e izquierda iniciaron una lucha intensa por el control de este territorio fronterizo entre Santander y Boyacá.*



*Iglesia del parque principal de Capitanejo. Foto: Julián Villabona*

Muchos quisieran olvidar esas épocas pasadas en donde la muerte ejercía su reinado. El período conocido como “La Violencia”, en la que los liberales y conservadores se agredían brutalmente por ejercer el control político y social de cada municipio de Colombia. Todo era anarquía y muerte.

El Frente Nacional puso fin a ese desangre. Con ese acuerdo político de alternancia del poder entre liberales y conservadores desde 1958, hasta 1974, en el que gobiernos de coalición se repartieron burocráticamente las instituciones del poder ejecutivo, legislativo y judicial equitativamente y eligieron candidatos por acuerdo entre los dos partidos.

Según cifras del informe “*Ya Basta*” del Centro de Memoria Histórica, durante este período (1949 y 1957) se registraron 16.219 muertos, sin contar las bajas de las Fuerzas Armadas ni las causadas en masacres colectivas, imposibles de contabilizar.

Desde la firma del acuerdo de paz realizado en La Habana entre el Gobierno colombiano y la guerrilla comunista autodenominada Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), empezó una nueva vida para los habitantes de Capitanejo, un pueblo ubicado a 188 kilómetros de Bucaramanga, en el oriente colombiano. Ahora es un lugar tranquilo en el que el aburrimiento que genera la paz no es vergonzante, sino motivo de orgullo para quienes padecieron por años el horror y la devastación de la guerra.

Fue precisamente la consolidación de este proceso de paz y la polémica ‘política de seguridad democrática’ que le precedió, los que permitieron que este municipio, escenario de violencias de toda índole, conociera lo que es vivir sin miedo y en paz. Así lo afirman sus habitantes, quienes

continúan batallando por exorcizar el temor y los traumas que les dejó la violencia que se paseó campante por sus calles, con especial saña por ellos.

Según el Centro de Memoria Histórica, el conflicto entre el Estado colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) dejó 23.161 asesinatos colectivos, 716 casos de acciones bélicas, 5.138 casos de ataques a civiles, 11.751 muertos en masacres y 27.023 víctimas de secuestros. Muchas de esas muertes las aportó Capitanejo, un pequeño y pujante pueblo que vio cómo el río Chicamocha se llevó en su cauce cientos de cadáveres de inocentes.

Son pocos los carros que pasan por su vía principal. Los capitanejanos desocupan las calles y prefieren reunirse en familia para compartir algún plato típico de la región. Así lo hacían en la guerra y lo hacen ahora en tiempos de paz.

### **Historias de violencia**

Rosalba Carvajal de Hernández fue testigo de la violencia que arrodilló a los capitanejanos por más de seis décadas. Es una mujer bajita, delgada y de pelo corto a la que le cuesta caminar. Su fiel compañero, el bastón, le pasa factura a su mano por una tendinitis que la aqueja desde hace más de un año, pero que ella ignora para continuar con su vida.

Doña Rosalba, como la llaman sus vecinos, va todas las tardes a misa. Recorre una cuadra hacia el occidente y luego dos al sur. A sus 84 años,

aún tiene ánimos para caminar hasta la iglesia e ir a rezar. Dice que lo seguirá haciendo, siempre y cuando sus piernas se lo permitan.

Hablar sobre el pasado violento del pueblo le resulta incómodo. Recuerda que, en esas fechas, cuando la violencia era el pan de cada día, caminar este mismo trecho suponía un tremendo riesgo. Lo hacía con miedo de que en su camino se atravesara algún grupo armado que anticipara su encuentro con Dios. Sin embargo, asegura que en la palabra de Dios encontraba la fuerza para continuar con su vida a pesar de la zozobra que le generaba la presencia de los grupos ilegales que infundían el terror.

### **La masacre de Capitanejo**

Doña Rosalba cuenta que, sobre el primer hecho de violencia acontecido en el pueblo, 'la Masacre de Capitanejo', se enteró por los mayores de su familia. Según supo, la policía, por orden del alcalde afiliado al Partido Liberal, abrió fuego contra un grupo de conservadores que se disponía a inscribirse para votar. Con este hecho empezó un calvario de más de medio siglo para los vecinos del caudaloso río Chicamocho.

Según coinciden en sus relatos algunos historiadores como, Darío Hernández Herrera, Javier Guerrero Barón y James D. Henderson, el 29 de diciembre de 1930 algunos campesinos llegaron desde sus fincas hasta Capitanejo. Bajo el intenso sol se enfilaron frente a la Registraduría para inscribirse para las elecciones en el lugar que hoy se conoce como la "Calle

del 29", y que corresponde a la salida de ese municipio hacia el departamento de Boyacá, ahí les dispararon.



*Calle del 29, lugar donde sucedió la Masacre de Capitanejo el 29 de diciembre de 1930. Foto: Julián Villabona*

Esta masacre se convirtió en un punto de inflexión que historiadores como José Ángel Hernández, en su escrito *Violencia Política en los años 30: de Capitanejo a Gachetá*, consideran el inicio de "La Violencia partidista en Colombia".

La mayoría de los habitantes del pueblo, al igual que doña Rosalba, conocen esta historia por los relatos de sus padres y abuelos. Ya no queda ningún testigo. El tiempo y la violencia se encargaron de llevarse a quienes presenciaron esos días aciagos.

"García Rovira está encendida", tituló el diario *Vanguardia Liberal* en su primera página al día siguiente a los hechos, que, sumados a otros

desperdigados por todo el territorio nacional, avivaban la violencia partidista.

La historiadora de la Universidad Industrial de Santander, Ana María Pinto, en su texto *Homicidios, lesiones personales y agresiones verbales. El caso de la Violencia Política en Colombia entre 1930 y 1946*, narra que por esos años se perpetró también la masacre de Piedecuesta, hecho que reafirmaba el más que tenso momento entre ambos partidos y que empezaba a hacer estragos en Santander, por los apoyos que el entonces gobernador liberal, Alejandro Galvis, prestaba a los militantes de su partido.

Pasados casi 69 años, aún no hay consenso sobre el número de personas acribilladas ese día. Según cuenta Guerrero Barón en su libro *El proceso político de las derechas en Colombia y los imaginarios sobre las guerras internacionales 1930-1945*, el alcalde Galvis emitió una comunicación al Gobierno central afirmando que eran ocho occisos. Otros informes contradecían la información oficial sumándole un muerto más. Una comisión de conservadores que llegó desde Málaga, municipio cercano a Capitanejo, estableció que no eran ni ocho ni nueve sino catorce los masacrados. Nadie supo contar las vidas ni el dolor que dejaron enmudecido de terror al pueblo.

La información de los medios generaba suspicacia, ya que el entonces gobernador del departamento era el dueño de *Vanguardia Liberal*, el diario más importante de la región. Según Guerrero Barón, se inculpó de la matanza al entonces presidente Enrique Olaya Herrera por su empeño de mantener alcaldes liberales en pueblos conservadores. Así como la conformación de las guerrillas conservadoras o "Chulavitas", que

desataron una ola de violencia en el pueblo y en toda la provincia de García Rovira.

A pesar de la tensión política, los habitantes se mantuvieron expectantes y en calma. Su situación era especialmente compleja, pues se encontraban en medio de una confrontación en su máximo apogeo, y dormían a escazas 12 cuadras de la plaza central del pueblo en donde estaba instalada la Alcaldía, declarada objetivo militar.

### **La masacre fue apenas el inicio**

La violencia continuó durante décadas. Doña Rosalba cuenta que el 30 de agosto de 1996, cuatro camiones transitaban por las empolvadas calles de Capitanejo. Entraron por la vía principal y tres cuadras después de pasar por la 'Calle del 29', cruzaron a la izquierda para llegar a la plaza central. Allí se estacionaron. De los vehículos descendieron hombres armados con AK-47, ataviados con botas de caucho y uniformes camuflados con el distintivo del Ejército de Liberación Nacional (ELN), una guerrilla de orientación marxista-leninista simpatizante de la Revolución Cubana, que para la época operaba en Santander y sus alrededores, y cuyas células todavía ejercen acciones violentas aisladas en el departamento.



*Rodrigo y José conversando en el atardecer de Capitanejo. Foto: Julián Villabona.*

El día que el ELN llegó, Andrés, el hijo de doña Rosalba se encontraba en la Bogotá con su padre recibiendo su grado profesional. Ellos no presenciaron los acontecimientos, pero sus vecinos se los relataron con lujo de detalles. Lo narrado fue corroborado por Rodrigo y José, dos campesinos de 60 años, aproximadamente, que recuerdan ese día con rabia y frustración.

“El día que la guerrilla se tomó a Capitanejo llegaron cuatro camiones llenos de guerrilleros. Se bajaron de los vehículos y se pararon frente a la gente que no sabía lo que pasaba. Comenzaron a disparar al aire varias ráfagas de fusil. Después de ese ruido ensordecedor, todo se silenció. La gente corrió a encerrarse en cualquier casa que encontrara con la puerta abierta y esperaron ahí durante toda la noche. Mientras, los guerrilleros destruyeron la Alcaldía y la Estación de Policía; saquearon la Caja Agraria y otro banco que había. La gente no salió a la calle hasta el otro día” recuerdan Andrés y sus vecinos.

## **La violencia continuó y el miedo se arraigó los habitantes del pueblo**

Con los ojos puestos en la iglesia que se encuentra en la parte norte del parque central, Rodrigo y José hablan sobre la 'Masacre de Capitanejo', pero son discretos al hacerlo por miedo a ser escuchados por algún simpatizante de la guerrilla que aún se encuentre en el pueblo. La prudencia se les volvió una costumbre. Es un miedo infundado, pues el ELN no hace presencia en la zona desde hace tiempo. Según datos oficiales, desde el año 2001, época en la que el Ejército llevó a cabo la 'Operación Dignidad', no se registra ninguna acción de ese grupo en ese territorio.

Los camiones del ELN entrando a la plaza principal dejaron en el recuerdo de los habitantes una herida que difícilmente sanará, porque es imposible olvidar el terror que experimentaron al ver a los guerrilleros descender de los vehículos y empezar a disparar en contra de todo lo que les "oliera" a presencia estatal. Primero, destruyeron con las balas de sus fusiles la Alcaldía, luego hicieron lo mismo con la Estación de Policía. Todo lo que dejaron a su paso fue devastación.



*Edificio en donde funciona la Alcaldía de Capitanejo y la Estación de Policía. Foto: Julián Villabona*

Tras esa toma, el ELN se instaló a las afueras de Capitanejo y no volvió al casco urbano durante algún tiempo. Pero no lo hizo sin antes dejar una advertencia: no querían volver a ver allí al Ejército ni a la Policía, como finalmente sucedió. Las autoridades no pudieron retomar el control del pueblo hasta mucho tiempo después. Fueron años de una calma chicha, que se interrumpía cada vez que el ELN regresaba para verificar que sus órdenes estaban siendo acatadas.

La familia Hernández continuaba refugiada en Bogotá y se alistaba para volver a Capitanejo. El patriarca de la familia, Jerónimo Hernández, esposo de doña Rosalba, tenía una grave afección en el corazón y debía irse a un lugar más bajo y caliente. Regresar al pueblo representaba su mejor opción. Al llegar vio a la guerrilla pasearse por el lugar como única y absoluta autoridad. Vestían camisetas blancas y pantalones camuflados.

Imagen que se convirtió en protagonista de sus pesadillas, del miedo y de la desesperanza.

Cinco meses después de instalados en el pueblo, el ELN envió una citación a todos los comerciantes, quienes asistieron aterrados a la cita que les puso el grupo guerrillero. Allí les informaron que a partir de ese momento estaban en la obligación de pagar un “impuesto a la causa”. Es decir, que para poder seguir operando, tenían que pagar una cuota extorsiva.

“A mí suegra, que tenía una tienda, la citaban a los campamentos, junto con otros comerciantes, para informarles el monto que les correspondía pagar. Una vez hicieron una reunión en el parque y citaron a todo el pueblo porque le iban a hacer un juicio al señor de la droguería social, que se negaba a pagar”, relata Andrés.



*Plaza principal de Capitanejo. Lugar en donde el ELN citó a los comerciantes para extorsionarlos.  
Foto: Julián Villabona*

La familia Hernández no tenía negocios por los cuales ser perseguida. Sin embargo, el miedo se hacía presente cada vez que Andrés y su hermano Jairo visitaban a su madre. Como eran visitantes fortuitos, los guerrilleros o sus milicianos los vigilaban de cerca.

Andrés cuenta que trabajaba para una empresa en Bogotá que como parte de su dotación le asignó una camioneta que él aprovechaba para visitar a sus padres en Capitanejo. Antes de llegar, alertaba a su familia para que abrieran el portón del garaje con anticipación para guardarla rápidamente y prever que la guerrilla no se la fuera a expropiar.

Los Hernández buscaron mantenerse unidos a pesar de las amenazas e intimidaciones que se cernían sobre ellos. Según Andrés, no pasó lo mismo con otras familias que tuvieron que abandonar el pueblo porque sus negocios quebraron o dejaron de ser rentables por las continuas extorsiones.

Desde 1930 Capitanejo no había vuelto a ver un día de paz.

“El pueblo cambió sus costumbres. La gente se guardaba temprano en sus casas y muy pocos carros transitaban de noche”, cuenta Berta, una vecina de doña Rosalba, a quien también la violencia le cobró su cuota. Secuestraron a su tío, un hacendado que poseía varias tierras cerca a Málaga.

Hoy en día Capitanejo tiene aproximadamente 5.000 habitantes. Era y es fácil enterarse de lo que les pasa a los vecinos, así que la operación de intimidación y presión por parte del ELN no era tarea complicada.

## **Las tradiciones familiares rompieron con el miedo en las nuevas generaciones**

La otra familia Hernández, que instalada en la parte más alta del pueblo, vivió su propio calvario. Sus prósperos negocios los convirtió en el blanco predilecto de cuanto grupo armado se paseó por el lugar. Primero para la guerrilla, y después, para los paramilitares que llegarían tras la salida del ELN.

Doña Hilda Hernández tiene 72 años. Tiene frescos los recuerdos de todas las violencias que han azotado al pueblo, pero prefiere no hablar de ello. Su hijo Juan Manuel, en cambio, no tiene problema en admitir que es conservador y que la mayoría del pueblo también lo es. Asegura que quiere rescatar las tradiciones culturales que fueron destruidas por la guerrilla y el paramilitarismo. Las extraña y dice que va a trabajar arduamente para reconstruirlas.

“La violencia siempre nos ha golpeado. Tuvimos que ver cómo varios familiares fueron secuestrados y nunca volvimos a saber de ellos. Sin embargo, eso nos fortaleció como familia y nos llevó a querer trabajar para que Capitanejo sea un pueblo que encarne los valores de los santandereanos, es decir, que sea una tierra pujante de jóvenes trabajadores”, asegura Juan Manuel.

Mantuvieron a ultranza su costumbre de reunirse en el pueblo cada vez que les era posible, hasta que la situación financiera se hizo insostenible por el pago de las vacunas. Para sortear la crisis, empezaron a vender empanadas de guiso (lenteja molida). El lugar se convirtió en parada obligatoria para los pocos visitantes del pueblo y en la merienda de los Elenos primero, y de los paramilitares después.

Andrea, hermana de Juan Manuel, dice que su familia, al igual que la de los Hernández, se mantuvo unida gracias a los valores con los que se criaron. Por eso su hermano está tan comprometido en trabajar por el municipio, y aunque pudo haberse ido, decidió tener su casa junto a la de su mamá y vivir en el sitio que lo vio nacer.

### **El ELN se fue, pero llegaron los paramilitares...**

Las dos familias Hernández padecieron la nefasta presencia de los paramilitares y de la guerrilla del ELN. Subversivos como Basto Flórez, quien pertenecía a las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), confesó, un día después de ser capturado, haber asesinado a un profesor y a 26 personas más de la región, según lo reseñado en el periódico *El Tiempo* del 12 de marzo de 2009.

Además de este hecho, el exparamilitar alias Julián Bolívar, reconoció que se cometieron 20 masacres en Santander, entre ellas, una en la vía Capitanejo-Málaga, en la que fueron asesinados tres policías que se movilizaban en un bus de servicio público. Según reseñó el portal *Verdad Abierta* en su artículo 'Julián Bolívar'.

A pesar de que las dos entradas a Capitanejo tienen tramos sin pavimentar y de que las carreteras del Cañón del Chicamocha son cruentas y difíciles por su quebrada topografía, el municipio es accesible desde el norte, para quienes vienen de Málaga, y desde el sur para quienes vienen de Tipacoque y Bogotá.

Capitanejo se recorre a pie. Las familias ahora invaden las calles, los parques y la plaza totalmente desprevenidas, pero la violencia les dejó por costumbre resguardarse temprano. Después de las cinco de la tarde

prefieren estar en sus casas y reunirse al frente de un plato de mote o cabrito asado, que preparan con magistral destreza a la brasa o en ollas desproporcionadamente grandes. Los temas políticos están desterrados de la mesa.

Para el año 2001 la presencia de los paramilitares empezó a debilitarse. El batallón de la Quinta Brigada, que tiene su sede principal en Bucaramanga, empezó a realizar contundentes operativos que debilitaron la estructura militar de las AUC, lo que benefició el retorno de muchas familias. Según cuenta la periodista Sandra Patricia Sánchez, en un artículo escrito para Caracol Radio, el 18 de junio de ese año el Ejército logró la captura de 14 paramilitares y les decomisó material de intendencia.

Posteriormente, el periodista del mismo medio, Juan Carlos Ordoñez, reportó la baja de tres paramilitares tras un enfrentamiento con miembros de la Quinta Brigada del Ejército. Todo dentro del marco de la 'Operación Dignidad', que se dio tras el asesinato de un joven en Capitanejo a manos de los paramilitares, lo que impulsó el desplazamiento de 23 personas, según relata el mismo artículo.

### **La tensa calma que trajo la paz**

Los helados de doña Gloria son punto de encuentro en el municipio. Hasta allí llegan las familias a pasar el rato y reciben su premio tras subir la empinada calle que lleva al negocio. Se sientan bajo la sombra de un árbol a descansar, para resguardarse del inclemente sol. Otros van al río a refrescarse y se dan el lujo de aburrirse con la recién estrenada paz.

*Nota: por solicitud de varias fuentes, los nombres fueron cambiados para proteger su identidad, pues afirman que aún sienten miedo de recibir posibles retaliaciones por parte del ELN.*